

PUBLICACIONES *Cinema*



Gretchen **EDDY**
Eleanor **POWELL**

en



Rosalie

ROSALIE

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

UNA DIVERTIDA Y ESPECTACULAR COMEDIA MUSICAL

DIRIGIDA POR

W. S. VAN DYKE



PELICULA METRO GOLDWYN

DISTRIBUIDA POR

METRO GOLDWYN MAYER IBÉRICA S. A.

Mallorca, 201-203

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

NELSON EDDY

ELEANOR POWELL

CON

FRANK MORGAN

EDNA MAY OLIVER

RAY BOLGER

ILONA MASSEY

BILLY GILBERT

REGINALD OWEN

TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

ROSALIE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Los cadetes de West Point han desfilado en sus ejercicios diarios con aquella corrección y aquella admirable disciplina que hace de ellos una de las mejores instituciones militares del mundo. Luego, acabada la jornada de prácticas, comienzan a prepararse para el gran partido de fútbol que ha de tener lugar y al que asistirán miles de espectadores. El equipo futbolístico de los cadetes de West Point tiene fama en todos los Estados y de todas partes acuden a presenciar aquellos torneos.

—¿Por qué no deja jugar a Bill? — pregunta uno de los cadetes al capitán que está hablando con él y dándole las últimas instrucciones para el juego.

—¿Bill? — ¿Bill Delroy? — pregunta el capitán, torciendo el gesto. — Ya sabe que no sirve para esas cosas.

—Yo creo que es tan apto como nosotros... y si no lo es... hágalo por mí. Bill es mi mejor amigo.

El capitán sonríe, baja la cabeza, medita un momento, y tomando una resolución, dice, dando unos golpes amistosos en la espalda del muchacho:

—Está bien, Dick, por usted lo hago... Voy a ver a Delroy... y quizá le deje jugar en el partido de esta tarde.

Dick está contento. Bill le ha pedido tantas veces que interceda por él para poder jugar con el equipo de la Academia que siente ahora una íntima satisfacción al ver en tan buen terreno aquel asunto y poder así complacer los anhelos de su amigo.

—¡Voy a jugar, Dick!... ¡Voy a jugar! — exclama Bill que llega en aquel momento, loco de alegría, abrazando fuertemente a Dick que le devuelve el abrazo. — ¡Y estoy satis-

fechismo!... ¡Esta tarde vendré a ver el partido mi novia, Mary, y verá que yo también sé jugar casi con tanta precisión como tú. ¡Qué contento estoy, Dick, qué contento!

Dick se desprende de los brazos de Bill, que sigue reteniéndole entre las suyas, y corre al campo, porque ya es la hora de dar comienzo al gran partido y es él el jugador mejor con que cuenta el equipo.

Las tribunas y las gradas rebosan público, un público impaciente y golrante de entusiasmo. Allí está Mary, con su padre, Mary que ha venido a ver jugar a los cadetes de West Point, pero que ni remotamente imagina que verá en el campo a su novio.

—Papá... — exclama con un gesto de sorprendida admiración. — ¡Bill forma parte del equipo!... (Bill va a jugar!

—Alguna majadería cometerá ese muchacho — murmura el padre que no parece tener gran simpatía a su futuro yerno.

Mary no contesta. Está embobada contemplando a Bill DeRoy, que ha salido al campo y ha dado algunos pasos desafortunados por él hasta que, empujado por la avalancha de sus compañeros que juegan con empuje y con seguridad, cae al suelo sin conocimiento, atropellado y maltratado.

Mary se tapa los ojos con las manos y llena más de coraje que de angustia: un hombre que no sabe jugar bien al fútbol no es un hombre digno de su amor.

Cuando, unas horas más tarde, Bill vuelve a ver a su amigo Dick, no se atreve a mirarle a los ojos y se sienta junto a él con un gesto de desaliento y desconsuelo.

—No le apures, hombre, no es para tanto... Ya se sabe que el juego tiene sus quiebras...

—No estoy triste por lo que ha pasado en el campo... Estoy triste porque Mary se ha marchado para siempre... — murmura Bill con lágrimas en los ojos.

—¿Se ha marchado?

—Sí, toma, lee esta carta. Yo no puedo leerla.

Dick toma la carta y lee en voz alta:

«No puedo casarme con un hombre que no sabe jugar al fútbol. Me marcho a Europa con mi padre... Adios. Te quiero, Mary»

—¿Te quiere?... ¿Dónde pone que quiere? — pregunta Bill en un arranque de entusiasmo.

Y Dick le contesta con calma:

—No lo pone, pero desde el momento que se va lejos de ti es que te ama...

—No comprendo esa teoría, pero puesto que tú la sostie-

nes... — replica Bill que tiene a su amigo en un alto concepto y que no se atreve a contradecirle.

Dick se ríe con una franca carcajada y rompe a cantar. Cantar es su más cara ilusión. Tiene una bonita voz de tenor, fuerte, potente bien timbrada, de modulaciones suaves y graves al mismo tiempo. Dick canta siempre: canta cuando está triste, cuando está alegre, cuando le sucede un traseco o cuando obtiene un triunfo. Canta a todas horas y en todos los momentos, canta porque nació con la garganta para cantar, como los pájaros, y no puede estar nunca callado. Y en la Academia se le respeta y se le deja que tenga aquella manía, una manía inofensiva, como dicen sus compañeros y aún sus superiores que no pueden corregir al muchacho y que le dejan desahogar por medio del canto todos sus sentimientos.

* * *

Los cadetes asisten a una gran fiesta que se celebra en su honor, en honor de los grumetes de la armada y en honor de las muchachas de la Universidad de Wassar. Los cadetes se han vestido de gala; de gala también van los grumetes de la Armada; primeramente vestidos con trajes de noche van las muchachas de la Universidad, acompañadas de su viejo Director que ha ido como persona de respeto a aquella fiesta que es la apoteosis de la juventud y del buen humor.

Cantan los cadetes sus himnos queridos; responden los grumetes con los himnos de la Armada Nacional; y las muchachas escuchan ya mirando a unos, ya a otras, embebidas en aquellas canciones y perdidas en mil fantasías vagas que despertan en sus cerebros juveniles la presencia de tanto muchacho apuesto, gentil, elegante, en el que cada una ve a un posible marido...

—Eso que está sentado a la cabecera de la mesa de los cadetes — susurra el viejo profesor al oído de una de las muchachas — es Dick Thorpe, el mejor jugador de fútbol de la Academia y aun me atrevería a decir que es el mejor de todos los Estados.

—¡Ah... ja! — murmura la muchacha, indiferente.

Es un chico muy guapo al que todas las muchachas admiran y quieren.

—Pues ya le odio sin conocerle — replica la muchacha, sonriendo.

—¿Le odias... o te gusta? — Inquiera la que está sentada a su lado y que ha escuchado la conversación.

—Le odio, porque debe estar cargado de pretensiones y de vanidad, porque se debe creer irresistible, porque debe ser un fardo insuperable...

—Se los voy a presentar... Así podrán juzgar ustedes mismas... — añade el profesor que demuestra una especial predilección por aquellas dos muchachas.

Y levantándose de la mesa llama a voces:

—¡Dick!... ¡Dick Thorpe!... ¡Veniga acá, que le buscamos!...

—¡Oh, profesor! — exclama Dick acercándose a la mesa. — No le había visto. Va usted en una compañía que absorbe todas las miradas...

—Estas muchachas están muriéndose por bailar... Si usted fuera tan amable... — dice el viejo profesor que no anda con presuntitos ni usa cumplidos.

—¿Con cuál de las dos? — pregunta Dick, mirándose a las dos y no sabiendo a cuál de ellas escoger, porque las dos son bellísimas.

Una de ellas sonríe; la otra no se digna ni mirarle. Dick se da cuenta de aquel desvío y se siente más interesado por ésta que por aquella.

—Lo haremos a suertes — dicen, sonriendo y comenzando a cantar una de esas canciones infantiles que se usan en los juegos de niños. Pero la suerte quiere favorecer a la que no interesa a Dick, y Dick juega una mala pasada a la suerte, señalando dos veces seguidas a la muchacha con la que siente verdadero interés por bailar.

La muchacha se levanta y le sigue hasta el centro del salón. Dan unas vueltas de baile.

—Gracias por haberme salvado la vida — dice la joven, sin mirarle.

Dick Thorpe hace un gesto de extrañeza.

—Sí... me estaba muriendo por bailar... y usted me ha salvado...

—¡Oh, no tiene importancia!... ¡Los cadetes debemos mostrar que somos valientes en todas ocasiones! — replica Dick sin intimidarse y devolviendo la trampa.

—Es usted insuperable.

—¿Cómo lo conoce?

—Cree usted que todas las mujeres están enamoradas de su palmito, que todas se mueren por obtener una mirada de sus ojos, que todas quisieran contar con su predilección... No puedo sufrir a los hombres pretenciosos...

—Ni yo a las mujeres demasiado bonitas... Pero sé sacri-

ficarme cuando es un profesor el que me pide el sacrificio.

—Salgamos al balcón — dice la muchacha, que quiere estar a solas con aquel hombre que le interesa mucho más de lo que ella quiere confesarse a sí misma.

—Prefiero seguir bailando.

—He dicho que salgamos al balcón — replica ella, que ya se ha encaminado al balcón, obligándole a él a seguirla.

—¿Le gusta a usted mandar? Serviría para capitán, o para coronel, o para comandante...

—Sirvo para dar órdenes y para que me obedezcan.

—A sus órdenes, mi general — dice Dick, cuadrándose militarmente.

—¡Firme! — ordena ella. — ¡Un paso adelante! — vuelve a ordenar.

Dick da el paso y tropieza con el cuerpo de la muchacha que le tuerce profundamente.

—¡Bésame! — vuelve a ordenar ella, ofreciendo sus labios.

Dick quisiera obedecer, pero se contiene; aquella chiquilla caprichosa bien merece una lección. Y no le da el beso.

La muchacha se muere los labios y se retira precipitadamente unas pasos.

—Ya le he dicho que era usted insuperable...

—¿Cómo se llama usted...? ¿Cómo quiere que bese a una mujer que ni siquiera sé cómo se llama?

—Me llamo... Rosale... únicamente Rosale... — murmura ella, volviendo sobre sus pasos y mirando a Dick con ojos llenos de ternura.

—Rosale... Su nombre tiene perfume femenino... ¿Cuándo la volveré a ver?... ¿Cuándo podré hablarla de nuevo?

—Cuando... cuando usted lo merezca — replica ella, cobrando otra vez su aire de mando y entrando de nuevo en el salón rápidamente, antes de que Dick tenga tiempo de retenerla.

Dick se ha quedado deslumbrado. Aquella mujer es otra mujer, la esperada, la que se sueña en las horas de más ferviente excitación, la que se desea en los años impetuosos de la juventud... Dick Thorpe se propone obtenerla y está dispuesto a cometer toda clase de locuras, toda clase de heroicidades con tal que consiga el amor de aquella criatura que le ha entrado por los ojos y se ha ido a clavar en medio de su corazón.

En la Universidad, Rosalie está rodeada de sus compañeras. Todas le preguntan por el honor de la noche, por Dick Thorpe con el que la han visto hablar tan íntimamente en el balcón. Rosalie sueña, pensando en el muchacho, sueña y canta y baila de alegría en medio de sus compañeras de Universidad que la corean y la contemplan casi con envidia.

Rosalie ha aprendido a bailar admirablemente en la Universidad, ha aprendido a bailar el chaqué con el arte más consumado de la más consumada de las profesionales, y le gusta lucir aquella habilidad entre sus amigas. Aquella noche está tan contenta, se siente tan feliz, tiene el alma tan cargada de ilusiones, que el baile le sale espontáneo, como el fuera la más certera manifestación de su estado de ánimo.

La directora de la Universidad viene a interrumpir aquellas expansiones y llama aparte a Rosalie:

— Un enviado especial de Su Majestad desea hablar con Su Alteza — le dice, inclinándose profundamente.

— ¿Trae malas noticias? — pregunta Rosalie con ansia.

— No, Alteza; creo que viene a besar a Su Alteza y a la condesa.

— ¡Malas noticias! — murmura Rosalie bajando los ojos y corriendo al salón en donde le está esperando un alto dignatario de la corte de su padre.

— ¡Alteza! — exclama, al verla, inclinando la frente en un ceremonioso saludo.

— ¡Bessah! — susurra Rosalie. — ¿No habíamos quedado que guardarla el incógnito mientras estuviere en Estados Unidos? ¿Ya sabes que no quiero ser princesa!

— Sin embargo, Su Majestad se reclama a su lado... y tendrás que ser princesa primero... Reina más tarde.

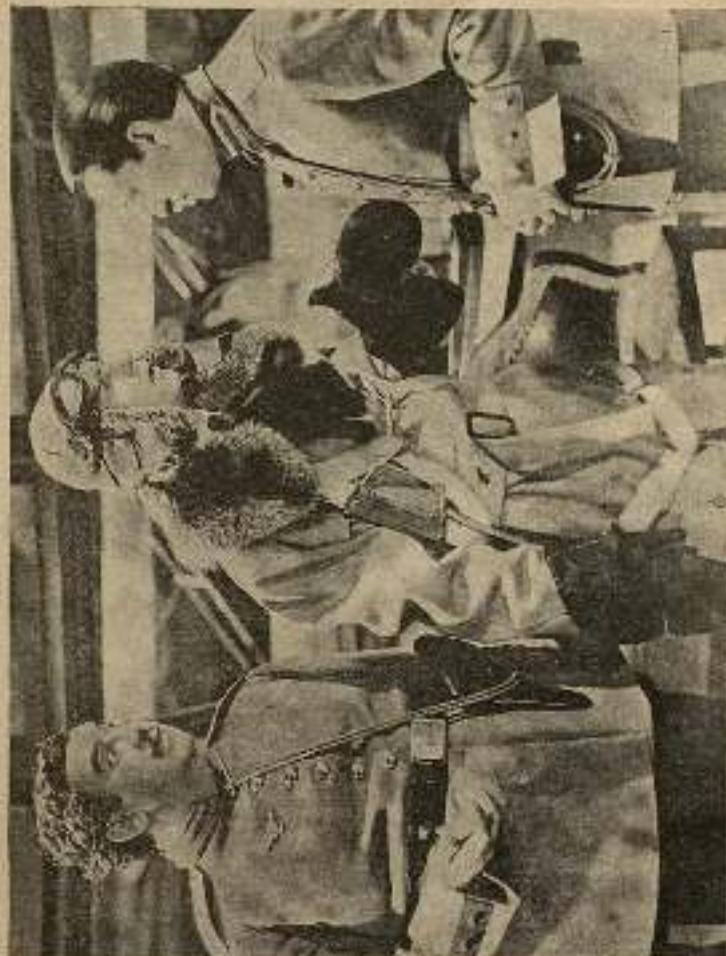
— No seré ni una cosa ni otra... ¿Cómo está papá?... ¿Sigue con sus manías de siempre?

— Sigue... con sus originalidades... corrige el dignatario que no se atreve a calificar la conducta del rey con la misma confianza de la hija. — Ahora ha descubierto que es ventrílocuo y se pasa la vida haciendo hablar a un muñeco que no le abandona jamás. Esto causa pequeños trastornos en la corte, porque las altas jerarquías del reino se sienten un tanto humilladas ante la conducta del rey...

— ¡Oh, qué gracioso es papá!... ¿B? no fuera por mamá que sten nos avendriamos él y yo!... — ríe Rosalie, divertidísima.



La encantadora mujercín, entonó las más armoniosa melodía.



Los guardiánes del aeródromo de Montalítra, quedan estupefactos ante la aparición del aviador.

con el relato del ministro de la Corona. —Y... ¿cuándo tenemos que marcharnos? —pregunta, poniéndose serio.

—Mañana mismo. Debemos llegar para celebrar los festejos de Primavera... Además, Su Majestad quiere que se celebren al mismo tiempo los esponsales de Su Alteza con el príncipe Pablo.

—¿Mis esponsales?... ¿Con Pablo?... ¡Pero si papá ya sabe que yo no quiero a Pablo, ni quiero ser reina!

—En orden de Su Majestad la reina.

—¡Ah, entonces no hay más remedio que partir mañana!... ¡Pero es que yo quiero quedarme aquí!... ¡Me gusta el país, me gusta el idioma, me gustan mis compañeras de Universidad... y me gusta un hombre! —confiesa Rosalie, que tiene mucha confianza al viejo ministro.

—¿Su Alteza se ha enamorado?

—Como una tonta! —dice Rosalie, rompiendo a llorar y ocultando su rostro en el pecho del viejo amigo que la consuela suavemente.

—Si él te ama de veras... él irá a buscarte, pequeña... ¡No te desconsuelas así!

—¿Tú crees?... ¿Ir a buscarme?... ¡Es que yo no quiero que él sepa que soy princesa!... ¡Ni él ni nadie!

—Nadie lo sabe, Alteza, más que la directora de la Universidad, y es una dama discreta... ¡Valor pues, y a preparar el viaje, que cuando el amor es fuerte, no hay fronteras morales ni materiales que no puedan saltarse!

Rosalie salió del salón y vio que todas sus compañeras corrían a esconderse: habían estado escuchando la conversación y ahora se avergonzaban de ello. Rosalie las llamó. Todas fueron saliendo y saludando a Su Alteza. Habían descubierto la verdadera personalidad de Rosalie y querían hacerle un homenaje.

—No, no, por Dios!... —suplicó Rosalie. —Me apeté con mi padre un automóvil asegurándole que sabría guardar mi incógnito mientras estuviera en Estados Unidos... No vale a hacer que pierda la apuesta... y pierda mi auto... ¿verdad?

—¡No, no, Rosalie! —clamaron todas.

Y Rosalie fue a encerrarse a su habitación. Allí encontró a su prima la condesa, triste y apesadumbrada.

—¿Qué te pasa, querida? ¿Sabes ya que debemos partir mañana para nuestro país?

—Sí, pero no es eso lo que me entristece... Es que nuestro regreso significa tu boda con Pablo... y tú sabes que eso me destruye el corazón...

— Pero si yo no me casaré con Pablo, ¿entonces...? Si yo no quiero a Pablo, ni Pablo me quiere a mí... Si Pablo está enamorado locamente de ti, ¿entonces...? y yo amo a otro hombre...

— ¿A Dick Thorpe? — pregunta la joven condesa mirando fijamente a su prima.

— Sí, a Dick Thorpe.

La condesa se queda más tranquila y entorna los ojos pensando en Pablo, mientras de la calle llega una voz potente que entona el aria de una ópera. Aquello no interesa a las dos muchachas soñadoras que están pensando cada una en su amor. La ópera es para gentes serenas que ya se han olvidado de lo que es el amor, no para corazones juveniles que están estallando de felicidad y de esperanzas.

En la calle, Dick Thorpe entona el aria con todo su entusiasmo, dirigido por Bill Delroy que ha sido quien le ha traído hasta la Universidad para que pueda ver de nuevo a la muchacha del baile.

— ¿Estás seguro de que duermen en esta sala del edificio las muchachas? — pregunta Dick desanimado al ver que sus gorjeos no surten ningún efecto y que todas las ventanas continúan herméticas y oscuras.

— Seguro... ¡Aquí dormía Mary! — suspira hondamente Bill, mirando hacia aquellas ventanas frente a las que ha pasado tantas horas cuando su bien amada no le había visto aún jugar al fútbol.

— Pues no comprendo por qué no se asoma Rosalie...

— Canta más... Quizá duerme y no te oye...

— Cantaré, pero a mi gusto — dice Dick, que se ha cansado ya de entonar el aria de «Martas».

Y comienza a cantar una canción de ritmo moderno, alegre, vivaz, fogosa... Todas las ventanas se iluminan, asoman a ellas los rostros frescos y graciosos de las universitarias, se ven racimos de cabezitas rubias, morenas, pelirrojas, castañas, que penden como fruta madurando sacudiéndose en toda su frescura y su belleza. Asoma también la cabezita adorable de Rosalie y Dick Thorpe sigue cantando con más aliento ahora que ha visto de nuevo a su amada.

— Buenas noches, queridas... En estas ventanas sobran cosas... menos una... y esa una soy yo... — dice Rosalie a sus compañeras, sonriendo.

Todas se reíran. Rosalie queda sola en la ventana.

— Buenas noches — dice a Dick, que se ha acercado lentamente.

— ¿Quisiera poder hablar con usted a solas — dice Dick, que no se conforma con hablar desde la calle hacia la ventana.

— Va a ser muy difícil... porque mañana me marcho.

— ¿Se marcha?... ¿Dónde?

— A mi país... Si quiere verme y hablarme allí le espero... Vaya usted a celebrar conmigo las fiestas de Primavera que tendrán lugar el mes que viene...

— ¡A su país!... ¡Las fiestas de Primavera!... ¿Pero cuál es su país!...

— Montaña... en Romanza... — replica Rosalie con picardía. — Búsquelo en el mapa... y allí le espero...

— ¿Cómo lo conoceré? ¿Por quién preguntaré?

— Me encontrará frente al palacio del rey, vestida de Colombine... Adiós, Dick.

— Adiós, Rosalie...

...

— ¿Montaña?... ¿Romanza?... No existen en el mapa — afirma Bill Delroy, que hace más de dos horas está buscando detenidamente por todo el mapa de todos los continentes y de todas las islas aquel país legendario de que les ha hablado Rosalie.

— Hay que buscarlo hasta dar con él.

— Yo creo que es tan chico que no se puede ver en el mapa — dice Bill, que sigue buscando a través de la lupa.

— ¡Calla, ya está, ya le tengo!... M-a-n-t-a-ñ-a... sí, aquí es... Romanza... aquí, en el límite de Bulgaria... Debe ser un delicioso país medio salvaje...

— El salvaje eres tú... Romanza debe ser el país de la tierra más deliciosa, puesto que produce mujeres tan bellas como Rosalie... A ver, déjame ver... Mañana mismo saldré en avión hacia allá...

— ¿En avión?... ¿No sabes que tienes prohibido volar hasta que tengas el título de piloto?...

— Tú vendrás conmigo como piloto.

— ¿Yo?... ¡Jamás!... ¡Oh, no, me da vértigo el avión!... ¡No cuentes conmigo!...

— ¿Y no has pensado que en Europa tienes probabilidad de encontrar a Mary?

— ¡Mary!... ¡Oh, Mary, tienes razón!... ¡Iré, iré contigo, pero no en avión!...

—No pienso emplear otro medio de locomoción que el aéreo... Si quieres venir conmigo, ya lo sabes...

—¿Volarás sobre el Océano? ¿Harás de un solo vuelo la distancia que te separa de Montaritz?

—¡Claro!

—¡Pero esto será una heroicidad que merecerá una recompensa de la patria! ¡Iré contigo!... ¡Será el único medio de que Mary me devuelva su estufa! ¡También yo seré un héroe!... ¡Iré a Montaritz!

—¡Bravo, así deben ser los hombres!

—...pero iré en vapor... ¡A mí no me arredra nada a subir en avión!... Tú volarás. Yo te esperaré en Montaritz y haremos ver que el vuelo lo hemos hecho juntos... Así Mary volverá a amarme... ¿Verdad que es una idea genial? ¡Solo por haberla tenido soy ya un héroe!

—Sí, con héroes como tú la Patria se hará grande...

Entretanto, en Montaritz el rey divierte a su corte haciendo de ventrílocuo, llevando siempre a su muñeco en brazos y consultándole todas las decisiones de Estado, a las que el muñeco tiene el valor de replicar lo que el rey no se atrevería nunca a decir por sus propias labias.

La Corte comienza a estar fatigada de aquellas manías del rey; y la reina, que es la que lleva la corona, por no decir que es la que lleva los pantalones, trata al monarca con tal desvío, con tan marcada tiranía, que ya todos comienzan a murmurar de las desavenencias conyugales y de los dramas que se van desarrollando en la sofía.

La llegada de las dos jóvenes que han estado dos años en Estados Unidos estudiando, ha sido recibida con grandes festejos y fiestas sin número; pero las dos jóvenes están tristes, porque las dos se sienten separadas de sus respectivos amores. En la Corte se hacen todos los preparativos para los esposales de Rosalie con el príncipe Pablo, mientras Rosalie sueña en el jugador de fútbol estadounidense y la condesa mira pensando que arrancarán de sus brazos a Pablo con el que se aman desde la más tierna infancia.

—Si no me puedo casar con Pablo, me moriré de amargura — murmura la condesa, enjugando sus dulcísimo ojos azules llenos de lágrimas.

—No llores, tonta; papá me prometió no obligarme a casar con el príncipe Pablo y yo le haré cumplir su promesa — le dice Rosalie, que se cree lo suficientemente fuerte para doblegar la voluntad paterna.

—Rosalie se casará con el príncipe Pablo — dice la reina

al rey, en audiencia privada, hablando de la felicidad de su hija.

—¿Qué dices, Tapper, qué dices tú a esto? — pregunta el rey a su muñeco.

Y el muñeco, con su voz forzada, con su cara de cartón, en la que no hay expresión alguna, contesta con descaro:

—No hagas caso de la reina y deja a Rosalie que sea feliz con el hombre al que ella ama...

La reina da un bofetón al impertinente muñeco, y el rey se ríe con todas sus ganas, pues no ha sido el muñeco el que ha contestado, sino él mismo, y la reina, dándose cuenta de ello, abofetea a su esposa, que ya no se ríe de aquella gracia de su esposa.

Todos los diarios de Montaritz hablan de la gran empresa del aviador norteamericano que ha emprendido el vuelo desde Estados Unidos para llegar a Montaritz a celebrar las fiestas de Primavera. Los diarios hablan de dos aviadores, sin dar nombres, sin decir nada más que han salido de West Point y que se dirigen a Romanga para aterrizar en el aeródromo de Montaritz.

El aeródromo de Montaritz es un campo cubierto de hierba muy alta, desierto, sin posibilidad alguna para la aviación, porque hace muchos, muchos años — los más viejos no recuerdan haberlo visto nunca, y los más viejos han asistido al nacimiento de la aviación — no ha aterrizado en aquel paraje ningún extraño pajarraco de acero con ronquido salvaje en sus entrañas.

Pero el aeródromo tiene a dos fieles empleados: el telegrafista y el encargado de la vigilancia del aeropuerto. Estos dos fieles empleados pasan la vida jugando a cartas y diciendo a través de la telegrafía y de la radio, por si pudiera interesar a algún aviador, el reconocimiento de aquel apartado rincón del mundo.

—Aquí, aeropuerto de Montaritz, tiempo seguro, viento noroeste, visón clara...

Y luego que han cumplido esta misión vuelven a su eterno juego de cartas que es la única distracción positiva que tienen los que allí trabajan en un trabajo completamente estéril y sin utilidad de ningún género.

— 13 —

Todo Montaritz conoce la hazaña de los dos aviadores norteamericanos, todo Montaritz vienes los dos empleados del aeródromo, porque ellos no leen nunca la Prensa ni hablan con nadie de cosas de aviación; para ellos dos, únicamente la aviación no existe, es algo irreal, algo que no tiene sentido para aquellos dos empleados que de la misma viven...

Aquel día, como de costumbre, jugaban al eterno juego de cartas cuando de pronto apareció ante ellos un extraño personaje, vestido con todos los arreos de aviador, incluso con el paracaídas atado a la espalda.

—¿Es aquí el aeródromo de Montaritz? — pregunta el recién llegado con aire de misterio.

—Sí, aquí es... ¿Pero de dónde viene usted? ¿En dónde ha aterrizado? — preguntan aquellos hombres asustados ante la visión que tienen frente a ellos.

—He venido aquí a interrogar, no a que me interroguen — replica el aviador, poniéndose muy serio.

—¿Está bien, ¿en qué podemos servirle?

—¿Cuándo llega el avión de América?

—¿El avión de América? — inquiere con extrañeza uno de los dos empleados.

—Sí, el avión de América — insiste el extraño individuo.

—¿De qué avión habla?

—Del avión que ha salido de América y viene a Montaritz... Ha de estar por llegar de un momento a otro.

Los dos empleados se miran con consternación y hacen un gesto significativo, como diciéndose que están ante un loco.

—Aquí no viene ni ha venido nunca ningún avión — replican con mal talante.

—¿Pero no es este un aeródromo?

—Sí, señor; pero aquí no vienen los aviones.

—¿Y ustedes no tienen aviones que vuelen de un extremo a otro de la tierra? — pregunta el forastero ante la extrañeza de aquellos dos hombres.

—Tenemos aviones, pero no vuelan... Tenemos dos aviones ahí, en el hangar...

—¿Y para qué los guardan?

—¿Para caso de guerra! — exclama, convencido, uno de los empleados que se toma muy en serio su papel.

—¿Ah... comprendo! — murmura el extraño aviador, que mira constantemente a todas partes, como si temiera ser sorprendido.

—Bien, pero no nos ha dicho usted todavía qué viene a hacer aquí.

—Es muy fácil de explicar... Yo soy el otro aviador que vuela desde Estados Unidos a Montaritz... Porque la hazaña la realizan dos aviadores y uno de ellos soy yo...

—No lo entendamos... francamente.

—Si ya comprendo que es un poco difícil de entender, pero yo les explicaré. Lo principal es que nadie se entere de que yo estoy aquí hasta que haya llegado el avión norteamericano...

—En el que usted vuela... sin volar...

—Eso es... Ven que van comprendiendo.

—No mucho, pero siga, siga... quizá lo entenderemos mejor si se va explicando...

—Verán... a mí la aviación me produce vértigo... y he preferido venir en barco... que aunque también me maree me da más sensación de seguridad...

—¿Ah... Así, lo que realmente tiene usted es... eso que se llama miedo...

—Eso debe ser, aunque yo no conozco el miedo... pero todo el mundo dice que lo que yo siento por la aviación es miedo... Pero dejemos esto aparte, porque no tiene importancia. Lo que yo quiero es que todo el mundo crea que he venido en avión... Ya verán... Mi novia me cree un cobarde y me desprecia... y yo quiero probarle que soy un valiente... ¿Está claro todo esto?

—Perfectamente... ¿Su novia está en Montaritz?

—¡Ojalá!... ¡Hace tanto tiempo que no la veo!... ¡Oh, Mary, Mary de mi alma, no debiste dejarme tan solo y tan abandonado, con lo mucho que te amo! — suspira Bill DeRoy poniendo los ojos en blanco, como los pone cada vez que piensa a Mary o piensa en ella.

—Cálmese, amigo... El amor es más peligroso que la aviación... No comprendo cómo ha tentado usted valor de enamorarse...

—Ah, es que me he encontrado enamorado sin consentimiento mío!... ¡Si ya hubiera tenido que elegir no me hubiera enamorado!... Pero puesto que el mal está hecho a mí me toca reparar el mal que me ha hecho. ¿Están dispuestos a ayudarme?

—En todo cuanto podamos — afirman los dos empleados que están conmovidos por las explicaciones del muchacho.

—¡Oh...! ¡Allí viene mi novia con su padre!... ¡Por Dios, no le digan que me han visto!... ¡No le digan nada de mí!... ¡Es absolutamente preciso que crea que vengo en el avión!

Bill cacha a correr y escapa por una portezuela a tiempo que entran por la puerta principal Mary y su padre.

—¿A qué hora está anunciada la llegada del avión norteamericano? — pregunta Mary, acercándose a la oficina.

—No sabemos todavía nada de la llegada, señorita... — dice uno de los empleados que siente la conezón de estornudar y que hace esfuerzos supremos por contenerlo, porque sus estornudos son como un ciclón que todo lo arrasa.

—¿Pero cómo no lo saben? ¿Para qué les paga el gobierno el sueldo que perciben si no son capaces de saber la hora de la llegada del avión? — inquiriere el padre de Mary que es un señor de genio sumamente violento.

Los dos empleados se vuelven a mirar con el mismo gesto con que han mirado a Bill Dikroy, creyendo que también ahora se encuentran ante un demente.

—A este aeródromo no ha aterrizado jamás avión alguno... y ahora no sabemos qué... qué... — susurra el que hace rato está conteniendo un formidable estornudo. Y de pronto, no pudiendo contener ya más la conezón que siente, suelta un terrible

—¡Achí! ¡Achí!

Que va a parar a pleno rostro del padre de Mary que retrocede unos pasos como si sobre él hubiera caído una tromba marina.

La muchacha rompe a reír con todas sus ganas. El empleado no sabe cómo excusarse. El padre, iracundo, se despoja de la chaqueta, se levanta las mangas de la camisa y se pone en postura agresiva, mientras Mary sigue riendo y el empleado no sabe dónde esconderse.

—¡Ahora verá si se vuelve a burlar de mí! — exclama, avanzando en actitud amenazadora y terrible.

Mary le abraza e intenta calmarle.

—Papá, por Dios, no te excites, el señor no ha querido hacerte... Ha estornado simplemente.

—¿Simplemente?... ¡Si esto ha parecido un tornado de los trópicos!... ¡Y a eso le llamas simplemente!... ¡Ya verás como yo también sé derribar a ese majadero de un pufecazo, simplemente!

—Caballero, cálmese, cálmese... Yo le pido todas mis excusas — murmura el pobre empleado, que tiene un miedo espantoso ante aquel hombre encendido por la ira.

El padre de Mary vuelve a bajarse las mangas de la camisa, se pone de nuevo la chaqueta y murmura tranquilo:

—Vamos, dejemos ese asunto ya que usted me pide excusas en tan buena forma... Peños a la mar... Olvidemos lo pasado.

Mary se muere los labios para contener la risa que sigue fuyendo a su boca. Y el empleado da un hondo suspiro de alivio al verse libre de aquella aversión que creta iba a ser peor que la embestida de un toro y que ha terminado como el arrullo de una paloma.

Entonces toma la palabra Mary, que está gozosa, llena de orgullo, satisfecha de la gran hazaña que su amado Bill realiza (así lo cree ella).

—Tenemos necesidad absoluta de saber la hora de la llegada del avión americano. En él viene mi novio, ¿comprende, caballero? Y quiero salir a recibirlo con todos los honores. He hecho el viaje de París a Montarita exclusivamente para presenciar su arribo y he traído de allá una gran cantidad de fuegos de artificio para arrojárselos a mi querido héroe...

—Pobrecilla... está, está más loca que su padre y que su novio... — murmura uno de los empleados al oído del otro.

Y el otro asiente en un gesto de desaliento y con miseria que da pena ver.

—Señorita, en cuanto sepamos algo avisaremos en seguida por medio de la radio... Todavía no tenemos noticias concretas... Le prometemos avisarla tan pronto como las tengamos.

Mary se va contenta con aquellas promesas, y el empleado puede lanzar un segundo estornudo tan formidable que hace volar por el aire todo el juego de cartas y todos los papeles que están sobre la mesa.

Y suspira de nuevo con un gran suspiro de alivio al pensar que este estornudo ha sido lo bastante discreto para no tenerse hasta que el padre de Mary ha desaparecido de la oficina.

De pronto el aparato de radio da unas señales extrañas. Los dos empleados aguzan el oído y hasta ellos llega la voz:

—¡Aló... aló... aeródromo de Montarita... Pido aterrizaje... Habla Dick Thorpe, piloto del «Rasbulo», procedente de América.

—¿De América? — exclaman a un tiempo a través del micrófono los dos empleados.

—Sí, procedente de América.

—¿Cómo?... ¡Ha volado usted sobre el Atlántico!

—No... he volado sobre el Atlántico — replica Dick Thorpe que comienza a impacientarse con aquellos radiotelegrafistas que parecen tontos.

—¡Bajo el Atlántico!... ¡Ha volado bajo el Atlántico!... Entonces viene en un submarino que vuela... ¡Oh, qué gran

pueblo es el americano!... — exclama el empleado de los estornudos, lanzando un nuevo espantoso estornudo que repercute en las oídas de Dick a través de las ondas sonoras del espacio.

— Díganme a qué distancia estoy del aeropuerto... — pide.

— Tengo que aterrizar y la visibilidad es nula.

— En qué situación se halla usted?

— A 40 grados de longitud y 80 de latitud; 0'85 de altura.

— Está usted sobre nuestras narices... Puede bajar sin miedo.

— No puede tomar tierra, porque no veo nada. Entiendan los faros.

— ¿Qué faros?

— Los del aeropuerto, majaderos... ¿Qué faros van a ser!... ¿O quieren encender el de Pinasterre, para que yo aterrice en Montalinos?

— Es que no tenemos faros... Si acaso entenderemos una vela...

— Lo que deberías encender, se estúpido, es una hoguera con tu maldito cuerpo... — grita Dick desde su avión, mientras va dando vueltas sobre el aeropuerto, desorientado, sin lograr tomar tierra a causa de la escasez de visibilidad de aquella noche cerrada y nebulosa.

— Avisa a palacio... Manda un mensaje diciendo que va a aterrizar Dick Thorpe... que viene de América en un submarino que vuela... Quizá le palacio traigan antorchas y el aviador pueda aterrizar...

Uno de los dos empleados corre a palacio en donde han comenzado las fiestas de Primavera que se inauguran con grandes bailes realizados por las mejores bailarinas del reino y por el cuerpo de baile del palacio real habilitmente instruido por los mejores profesores y los músicos más excelentes.

La fiesta está presidida por Su Majestad el rey que ríe con risa bendita y habla a su muñeco de vez en cuando como si realmente se tratara de un personaje real; por Su Majestad la reina que tiene gesto sereno y sonríe y por Su Alteza la princesa Rosalie que está melancólica y ausente pensando en su futbolista, en su amado Dick, en aquel hombre por el que cometería las locuras más grandes y que está a punto de perder para siempre porque su madre se empeña en casarla con el príncipe Pablo, al que odia con toda su alma y al que sabe locamente enamorado de su prima la condesa.

El baile ha comenzado. La escenificación es una maravilla

de dibujo y de color. Las bailarinas se mueven en un ambiente de cuento de hadas, de país quimérico, de maravilla, de inarrrollable encanto. Y se mueven las figurillas gráciles y alroscas al compás de la música oculta entre la enramada, y van y vienen en un ritmo perfecto, en una suave cadencia, en un susurro de sedas y flores, en un alado encantamiento que mece los cerebros en la magia de las cosas soñadas.

Un enviado especial se acerca al rey y le anuncia con voz sonora:

— Va a aterrizar en nuestro aeródromo el gran aviador norteamericano Dick Thorpe, en un submarino volador...

Rosalie se levanta de su asiento y sonríe con una sonrisa inefable de placer. El rey se vuelve al conde y le pregunta con aquel aire cándido y un poco imbécil:

— ¿Submarino volador?... ¿Quién se ha inventado esa patraña?

— Es el parte que han traído del aeródromo, Majestad.

— ¿A quien se le ocurre esa majadería?... ¿Submarino volador?... ¡Vámonos, vámonos al aeropuerto a esperar a ese héroe que viene a honrar con su presencia nuestras fiestas de Primavera.

— Papá... espera un momento... — suplica Rosalie, que acaba de tener una idea genial.

— ¿Qué quieres, hija?

— Que me concedas la gracia de poder bailar esta noche...

— ¿Bailar? ¿Te has olvidado de que eres una princesa?

— Sí, papá, ya sabes que siempre quiero olvidar que soy una princesa... como tú quieres olvidar que eres un rey... ¿Me dejas bailar?

— Bueno, haz lo que quieras... pero que no se entere tu madre... Le tengo más miedo a ella que a una guerra internacional...

Rosalie sonríe y corre a sus habitaciones a prepararse, mientras el rey y su séquito salen en dirección al aeropuerto a esperar al huésped ilustre que viene de tan lejanas tierras.

...

Las antorchas de la comitiva real y los faros de los automóviles orientan a Dick Thorpe para su aterrizaje, y el avión llega majestuoso y solemne a tierra...

Bill Delroy ha podido escabullirse hábilmente, amparado por los dos empleados del aeródromo, bajo la panza del pájaro gigantesco, y aparecer en la portezuela en el momento en que se abre. Nadie se ha dado cuenta de la patafina y Dick, que ya está prevenido, estrecha la mano de su amigo en el momento en que las cámaras de la Prensa toman fotografías del feliz arribo de los dos héroes.

—Mi cordial felicitación a nuestros ilustres huéspedes — dice el rey, adelantándose hacia los aviadores. — ¿Es usted el piloto? — pregunta a Bill Delroy, estrechándole la mano.

—No — dice Bill, que está un poco azorado.

—Sí — ha replicado al mismo tiempo Dick, que quiere que su amigo se lleve toda la gloria a fin de que pueda recuperar a su amada Mary.

—¿Qué gracioso!... Uno dice ahora al mismo tiempo que el otro dice esto... Se ve que no se pueden ustedes poner de acuerdo...

—No, en tierra no nos ponemos nunca de acuerdo... Sólo estamos conformes en un todo cuando volamos por el espacio — explica Dick, riéndose y ayudado a salir del apuro a Bill que está cada vez más aturrido.

Y usted, mi querido amigo, si no es piloto... ¿Por qué ha emprendido un viaje tan arriesgado? — pregunta el rey a Dick Thorpe.

—Vengo... a buscar a una mujer — contesta Dick gravemente.

—¿Y por una mujer se ha expuesto la vida?... ¿Es que no hay mujeres en Estados Unidos?

—Las hay... pero para mí no hay más que una mujer en el mundo... y ella se encuentra aquí, en Montariza... Por ella he venido...

—¿Qué romántico!... ¡Me gusta su historia, joven!... Venimos, mi primer ministro atenderá al piloto, al héroe... Yo le hago a usted huésped de honor... Me gustan los hombres románticos y las historias de amor... Venga a palacio en mi auto y me explicará cómo y quién es ella...

Entretanto Mary se ha adelantado y se ha abrazado estrechamente a Bill:

—¡Oh Bill, Bill de mi alma, mi héroe querido!... ¡Ya sabía yo que algún día te rehabilitarías a mis ojos!... ¡Cuanto te amo, Bill de mi alma!

Pero el padre de Mary, que no está emocionado y se da perfecta cuenta de todo lo que pasa, ve cómo Bill alarga unos billetes de banco a los dos empleados que le han ayudado a

cometer el engaño, y amenaza ocionalmente con el puño, batiendo indicando que sabrá tomar venganza fiera contra aquella patafina.

El rey y Dick Thorpe marchan en el automóvil real hacia palacio.

—¿De modo que está usted enamorado de una mujer?

—Sí, Majestad, locamente enamorado.

—¿Cómo se llama?

—Rosalie... nombre musical que tiene dentro perfume femenino, nombre sugerido...

—Es un nombre vulgar en este país... Hay muchas mujeres que se llaman Rosalie — interrumpe el rey, decepcionado.

—Sí, no tiene más datos que estos...

—Es la mujer más encantadora de la tierra.

Todas las mujeres que amamos son las más encantadoras de la tierra... Tampoco ese dato da mucha luz para encontrar a la que busca... Yo tengo aquí algunas direcciones... que acaso nos puedan ser útiles... mientras usted sea discreto... A mí también me gustan mucho las mujeres bonitas... Ya ha visto usted a mi esposa... y no le debe extrañar que merodee por cercano ajeno... Veamos, veamos... no tengo a ninguna Rosalie en mi lista... pero a veces cambian de nombre... ¿Cómo es ella? ¿Rubia? ¿Morena? ¿Delgada? ¿Gordita?... Porque mi Marutza es una de las mujeres más encantadoras...

—Es alta, delgada, esbelta como una palmera del desierto, cumbresante...

—No es Marutza — afirma el rey, relamiéndose los labios ante el entusiasmo de Dick — aunque Marutza no sea delgada y cumbresante y flexible como una palmera, es una mujer... que turba el cerebro... se lo aseguro... Seguiremos buscando... Quizás en palacio la pueda ver... Hoy es día de gran gala... Asistirán todas las mujeres bonitas del reino... ¡Pero son tantas!... ¡Uno necesitaría tres o cuatro vidas para conocerlas a todas, y aun así no se podría disfrutar tranquilamente de tanta belleza!

Han llegado a palacio, Dick se sienta al lado de Su Majestad. El baile sigue en todo su apogeo.

—Me dijo que la encontraría disfrazada de Colombine — explica Dick al oído del rey.

—Pues... mire, mire... me parece que le va a ser difícil reconocerla... Mire las bailarinas que van bajando por la gradería... Todas son Colombinas... Como no pregunte luego una a una cuál es Rosalie...

Dick se ha quedado desconcertado, las Colombinas bajan a docenas, bailando a compás de la música, moviéndose como

mariposas movidas por un mismo resorte, en mil combinaciones difíciles y artísticas. Difícil será, ciertamente, acertar a dar con Rosalie en aquel tumulto de Colombineas que danzan y danzan sin descanso.

Pero ahora llega por el fondo de la escena una enorme caja sostenida por los brazos de multitud de Pierrots, y sobre la caja, destacando su figura gentil, atrosa, fina, de Tanagra en traje de Colombinea, una nueva bailarina que se cubre el rostro con un antifaz de encaje negro. Dick se la ha quedado mirando fijamente. Aquella figura no le es desconocida. Cuando la caja está frente a él, la bailarina descubre discretamente su rostro y le sonríe con ternura, con amor, con alentadora esperanza. Dick siente beatífico. ¡Ya ha dado con Rosalie!

—Vaya usted mirando bien a todas las Colombineas... Quizá la encuentre a ella — le susurra el rey al oído.

—La he encontrado ya — afirma Dick prestamente.

—¿Ya?... ¡Entre tantas?... Te felicito, amigo, tiene usted mirada de buceador... Yo no hubiera sido tan rápido. Todas me parecen igual.

—La mujer amada se distingue entre mil mujeres iguales... El corazón nos la muestra con sus latidos.

—Amigo mío, esas antileñas no se han hecho para mí... A mí todas las mujeres me parecen adorables y en ese mar de Colombineas hubiera elegido con los ojos cerrados... seguro de encontrar entre mis brazos a la más bella Colombinea de la tierra... porque todas son exactamente bonitas.

—Para el gusto de Su Majestad acaso sea así... Para mí, entre todas ellas sólo existe una: mi Rosalie... — susurra Dick, sin apartar los ojos de la muchacha que ha comenzado a bailar sobre la caja y que hace mil diversas filigranas con aquellos piececillos que parecen tener alas que casi no tocan el suelo y que, sin embargo, van siguiendo de modo perfecto el compás de la música con su taconeo discreto.

El rey mueve la cabeza dubitativamente y piensa que cuando él tenía la edad de Dick también pensaba como él, pero que los años le han hecho reflexionar mejor y que ahora todas las mujeres tienen para él su encanto especial... todas menos Su Majestad la reina que tiene de todo, hasta de vibora, menos de mujer...

Rosalie baila con una maestría perfecta, con un arte incomparable, con una gracia única, con una agilidad alada. Va de un lado a otro sin perder nunca el ritmo, sin discrepar de la orquesta, siguiendo todos los arabescos de la música que parece compenetrada de tal modo con ella que más bien pa-

rece ser ella la que lleva la música dentro y no la música la que le acompaña.

Dick la sigue con los ojos, suspendido en aquellas movimientitas que despiertan en él todos los recuerdos de sus primeras horas de amor, cuando Rosalie bailó entre sus brazos en aquella primera noche en que se encontraron en la gran fiesta que dieron los cadetes de West Point.

Rosalie le mira de vez en cuando con sus pupilas brillantes, amorosas, que invitan a la esperanza y que prometen mil inefables dulzuras.

Cuando el baile termina, Dick corre al encuentro de Rosalie, la busca, la halla en una antefecha y la estrecha en sus brazos.

—Rosalie!... ¡Mi amada Rosalie!... ¡Por ti he cruzado el océano!... ¡Por ti emprendí el vuelo desde West Point, cuando me habían prohibido volar hasta que tuviera el título de piloto.

—Has venido por mí... Y yo sabía que vendrías... Me lo dice el corazón... Te quiero, Dick... y he de ser tuya a pesar de todo y contra todas...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué se puede oponer a nuestro amor?

En aquel momento se acerca a Rosalie un alto dignatario de la Corte se inclina en saludo de ceremonia y dice:

—Alteza, Su Majestad le manda orden de que vaya a vestirse de ceremonia para asistir a sus esponsales con el príncipe Pablo.

—Pero si mi padre me prometió... — murmura Rosalie desconcertada.

Los esponsales del príncipe Pablo con su Alteza están ya publicados... Sólo tiene que realizarse la ceremonia, que dentro de media hora va a tener lugar... Su Majestad el rey, su señor y serenísimo padre, la espera, Alteza...

—¡Alteza! — murmura Dick con desaliento cuando vuelven a quedarse solos. — ¡Princesa!... ¡Bien ha sabido burlarse de mí!... Pero esta vez la burla ha sido demasiado cruel. El corazón no me había dicho que había princesas desalmadas ni mujeres sin corazón...

—Dick... no hables así... Me haces daño.

—Su Alteza no ha pensado en el daño que podía hacerme a mí con su burla despiadada.

—Dick... te amo...

—Una princesa amando a un cadete insignificante cuyo único título es el de campeón de fútbol de West Point...

¿No comprende que eso es absurdo?... ¿No comprende que si Alieza va a unirse al príncipe Pablo y que este pobre jugador de fútbol tendrá que seguir dando puntapiés al balón para crearse un nombre allá, lejos, en Estados Unidos, en donde no hay príncipes... y si hay princesas son extranjeras que se divierten jugando con el corazón ingenuo de los que no conocemos más juego que el del fútbol...

—¡Dick!... — murmura Rosalbe, no encontrando palabras para animar al muchacho.

—¡Alieza!... Esta misma noche remonto el vuelo y vuelvo a mi país... Si quiero encontrarme algún día... ya sabe dónde estoy, en West Point estudiando con un servicio que no debía abandonar nunca y mucho menos por el capricho de una mujer sin corazón.

...

La plebe de Montaritz estaba sulevada.

—Hemos de aprovechar las fiestas de primavera para sublevarnos... Debemos defender nuestros intereses y nuestros derechos.

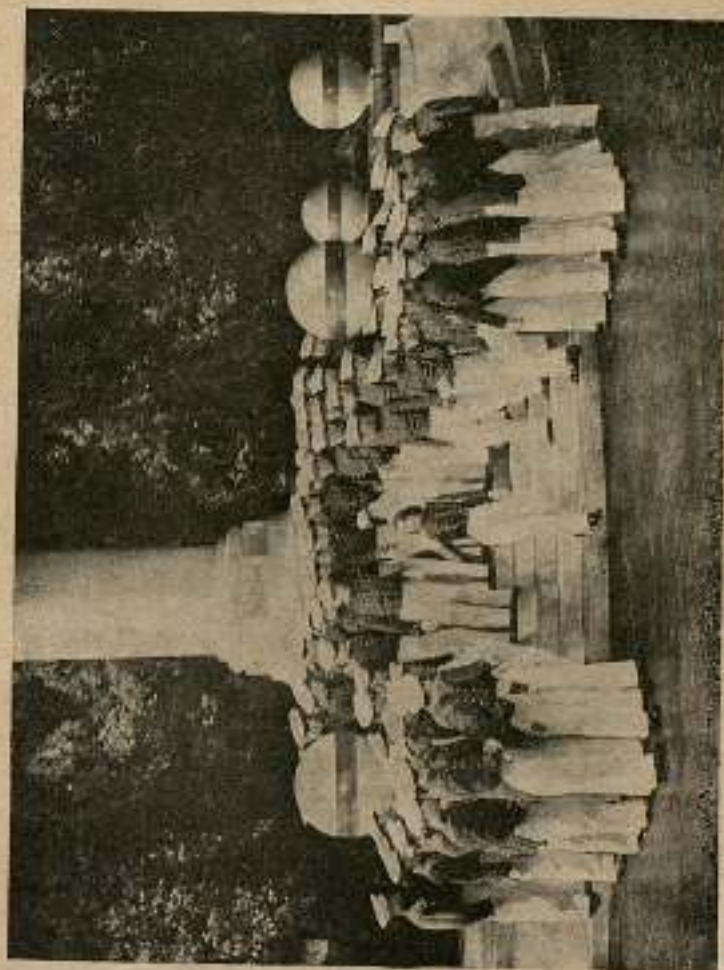
—Sí... pero aún no ha sonado la hora... Dejad que avancen los festejos... Todo llegará... La sublevación ha de estar bien preparada para que no fracase... Se os avisará por medio de fuertes detonaciones... Entonces se os darán armas a todas y podréis lanzaros a la calle a defender vuestros derechos.

Así hablaban mientras en palacio se celebraba el gran baile que era como la apertura de las fiestas de Primavera.

Y Dick Thorpe, entretanto, sentado en el gran salón que había quedado desierto, meditaba tristemente sobre su suerte que le había hecho enamorarse por primera vez en la vida de una mujer que estaba fuera del alcance de sus posibilidades, de una mujer que no pertenecía ni a su mundo, ni a su esfera social, ni a su altura económica... De una mujer que se había burlado de él miserablemente y a la que no podía odiar porque aún seguía queriéndola.

Bill Delroy llegó hasta él y se sentó a su lado.

—¡Ay de mí! — suspiró en un quejido que parecía el eco de otro mundo.



... y mostró cuán maestra era en el arte del claqué.



En la cabina del lujoso avión, volaban los cuatro, camino de New-York.

—¿De qué te quejas? Eres el héroe del día, has recuperado a la novia, todo el mundo te agasaja... ¿Qué más quieres?

—Le preguntó Dick, que bastante tenía con su amargura para que le fueran con otras ajenas.

—¡Oh!, pero es que ignoras lo que me pasa...

—¿Cómo quieres que lo sepa, si tú no me lo has dicho?

—Ah, Dick, soy un desdichado!... ¡Mary ha sabido toda la patraña y...

—¿Te ha dado calabazas?

—¡Peor!... Toma... lee...

Bill alargó a Dick una carta, que este no tomó, porque seguía a su hijo de sus propios pensamientos.

—Yo mismo te la leeré — añadió Bill, que no quería dejar sin desahogo su pena. — ¿Eres indigno de que siga queriéndote, cobarda... Me marché a América con mi padre, ¡y yo que he venido a Europa por verla a ella! — giró el desdichado Bill.

—Lo más sencillo es que te vengas conmigo a América esta misma noche.

—¿Te marchas?... ¿También a ti te han dado calabazas?

—Romero es una princesa... ¡Esa la hija del rey!

—¡Atán!... Perdona... No se lo que me digo... Pero esto es un escopetazo... ¡La hija del rey!

—¿Como la oyes?... ¡Y yo un simple futbolista!... Esta

misma noche levanto el vuelo y ojalá me estrelle... ¿Quieres venir?

—No... no... gracias... — murmuró precipitadamente Bill que tiene horror a la aviación y que ante la perspectiva del deseo de estrellarse de Dick siente un espantoso escalofrío.

—También yo regresaré a América... pero iré en barco, que es más seguro... El avión me da vértigo... Y ten cuidado, no fumes... ¡no ves dónde estás sentado? — añadió, poniendo una cara de pánico que hizo titubear a Dick unos instantes.

—¿Qué pasa? — preguntó Dick, encendiendo el cigarro con calma.

—¡Estás sentado sobre la pirotección que trajo de París Mary para celebrar mi feliz arribo!... ¡Imagínate si explota!

Dick se levanta con calma y sale del salón. Bill se pasea unos momentos, reflexiona, murmura cuatro o cinco veces:

—¡Princess!... ¡Princess!... ¡Princess!... — como si no quisiera darse cuenta exacta de lo que aquello significaba.

Luego, distraído, se sienta sobre la caja de fuegos artificiales, enciende un cigarrillo y arroja el fósforo a su espalda. El fuego prende en la caja de pirotección que explota.

en mil cohetes y mil estampidos que hacen correr en vertiginosa fuga al evanescer.

Los hombres del pueblo que esperaban la señal para la sublevación creen que ha llegado la hora.

—Ha sonado la hora — van diciendo de casa en casa, de boca en boca.

Y los hombres se lanzan a la calle, donde se les reparten armas y se les enardece con palabras de fuego para que luchen contra los ricos, contra los poderosos, contra aquellos a quienes creen los culpables de su miseria sin comprender que muchas veces son ellos mismos los culpables de no haber salido de la postrimería en que han nacido y viven.

Como reguero de pólvora se extiende la revolución. Las calles son una llamarada de odio. El pueblo vocifera, saquea, incendia, mata... Y las gentes huyen desparovidas ante la bárbara invasión.

Su Majestad el rey no se ha enterado de nada. Duermo tranquilo en su lecho de plumas, ajeno a todo aquel desorden que reina en la ciudad en donde él habita.

—Majestad, es preciso huir — vienen a decirle, despertándole de su sueño pacífico.

—¿Huir? ¿Por qué tengo que huir? Estoy bien aquí. Esta es mi casa y mi patria, no quiero marcharme. El pueblo no puede querarme mal. No le he hecho nunca ningún daño.

—Majestad, el pueblo sublevado no sabe nunca lo que quiere... Anda a ciegas... Vuestra seguridad está en peligro.

—¿Y dónde iremos? — pregunta el rey saltando de la cama, porque su mujer acaba de entrar en el dormitorio y le obliga a ello con una sola mirada de mando.

—A América, Majestad, a América que es el país de la tranquilidad, de la paz, el país acogedor por excelencia.

—Está bien... Vamos a América... Quizá allí encontremos a Dick Thorpe y podamos hablar de Rosalie... ¿Por qué se marchó sin ella, si la había encontrado? — se pregunta el rey, para quien el conflicto sentimental del norteamericano tiene más importancia que la revolución de su pueblo.

Y como no le pueda contestar nadie a su pregunta comienza a vestirse precipitadamente, entorpecido por su muñeco favorito al que no abandona nunca y al que no quiere dejar olvidado en Montaritz.

—Tapper, nos vamos a América... Veremos allí si tenemos mejor suerte... Dicen que las americanas son mujeres muy bonitas.

—Entonces lo pasaremos muy bien... — dice con voz socarrona el muñeco.

Un magnífico transatlántico navega por el gran océano con rumbo a Norteamérica. El rey de Romanza, tendido en una silla sobre cubiertas, al lado de su muñeco, contempla el destellar de las nubes por el horizonte.

Avanzando con paso torpe, dando tumbos, con el rostro pálido y el estómago ensogado, viene en dirección al rey el pobre Bill Delroy, mareado, terriblemente mareado y con unas ganas enormes de llegar a puerto.

—¡Ah, si no sintiera vértigo en el avión! — suspira. — A estas horas dormiría tranquilo en mi casa sin sentir estas angustias de muerte.

—¿Quiere comer algo el señor? — le pregunta un criado ofreciéndole una bandeja de golosinas.

Bill se cubre el rostro con las manos, espantado a la idea de comer en aquellos momentos en que siente terribles angustias.

—¿Sirvame a mí, ya que el pollo no tiene apetito — dice el rey desde su silla, pues el mar le despierta el hambre y se pasa el día muscando cosas apetitosas.

Bill se vuelve a ver quién es aquel hombre capaz de comer a bordo — el que no ha podido probar bocado desde que embarcó — y reconoce al rey de Romanza.

—Majestad, ¿vais también a América? — le pregunta, acercándose a su lado.

—¡Ah!... ¿Me conoce?... ¿Cómo me conoce usted? — pregunta aquel monarca de juguete.

—Su Majestad debe recordar a los aviadores que hicieron la hazaña de...

—¡Ah, sí, sí... usted es aquel que decía siempre que así cuando su compañero decía que sí, y al contrario, decía que no cuando su compañero decía que sí!... ¡Ah, pues me es usted muy simpático... Siéntese, siéntese, que hablaremos de América... Quizá usted pueda darme alguna dirección de alguna mujer bonita...

—Para mí no hay más mujer bonita que Mary... y Mary me abandonó por...

—¡Ah!... ¿Pero también está usted enamorado? Yo creí que era sólo su compañero que iba en busca de Rosalie... Y ahora resulta que la Rosalie que buscaba era mi hija... ¡El yo lo hubiera sabido!

—Ella jamás se lo hubiera dicho, Majestad... ¿Pero cómo lo sabe?

—Mire... ella misma me lo ha dicho — dice el rey, mostrando a su hija que avanza cogida del brazo del príncipe Pablo.

Papá, ya se ven los rascacielos de Nueva York — exclama con júbilo Rosalie, besando a su padre.

—Hija mía, saluda a Bill Delroy, el aviador que hizo la hazaña de volar sobre el océano tomando un bazar tranquilamente y dejando que volara solo su compañero... Es el hombre más encantador que he conocido.

—¡Oh, Bill! — saluda Rosalie que lo ha reconocido enseguida. — ¿Qué ha hecho usted de su amigo?

—Debe estar en West Point desde hace varios días... El marchó en avión... Y le costará caro, porque tenía prohibido volar... Le impondrán un castigo serio...

—¿Y a usted? ¿Le hablan dado permiso para abandonar la academia militar?

—No... también a mí me castigarán seguramente... ¡Pero qué me importa si me ha abandonado mi Mary querida!

—¡Oh, qué románticos son los americanos!... Nunca creí que fueran tan románticos — murmura el rey que está encantado con el romanticismo de los dos muchachos enamorados.

Rosalie sonríe acordándose de Dick; se vuelve hacia el príncipe Pablo y le dice con cariño:

—Pablo, nuestra prima la condesa te espera en su camerote... Vete con ella, que es la que de veras se anda... Ya ves que papá es partidario del verdadero amor, y no de los casamientos por conveniencias, aunque sean conveniencias de Estado.

—Gracias, mi querida Rosalie — murmura el príncipe, agradecido. — Siempre había creído que eras una gran mujer, pero cuanto más te conozco más me convengo de que eres mejor aún de lo que yo creía.

Rosalie sonríe y piensa que no se ha de ser muy buena ni muy generosa para renunciar a un amor que no interesa, a un amor que no ha prendido en el corazón, a un amor que ha querido ser impuesto y que no ha encontrado tierra propia para echar raíces.

La familia real de Montariza se dirige a West Point. Rosalie ha sido la que ha impuesto aquel viaje. Quiere ir a West Point y tratar de reconquistar a Dick, a aquel muchacho que hizo el viaje a Roma exclusivamente para encontrarla y que creyó que se había burlado de él por el mero hecho de tener la desgracia de ser princesa.

En West Point se recibe la noticia del próximo arribo de

la familia real en el momento en que va a procederse a la vista del proceso que se ha instruido contra los dos cadetes Dick Thorpe y Bill Delroy por haber abandonado la academia y correr una aventura absurda. El Tribunal que se ha constituido quiere ser severo con los dos, porque ha de resultar un ejemplo para todos los que integran la academia, un ejemplo que no se olvide en muchos años, un ejemplo que pueda sacarse a relucir a cada comienzo y final de curso ante los que vienen a engrasar las filas de los futuros esvadores de la Patria.

Pero el parte que trae la noticia de la llegada del rey de Montariza solicita también que se designe como escolta para la princesa Rosalie a Dick Thorpe, y el Tribunal se ve obligado a concederle libertad provisional para que pueda atender a sus deberes ante aquella personalidad de la Corte.

Dick recibe a Rosalie con respeto, con cortesía, como un perfecto caballero, pero con una tan manifiesta indiferencia que Rosalie se siente herida en lo más íntimo de sus sentimientos.

—Quiero hablar contigo — le dice Rosalie, mirándole fijamente.

—¿Qué le interesa más a Su Alteza? ¿Visitar primero las caballerizas, las piezas de artillería o el interior del edificio?

—Ya te he dicho que hablar contigo — repite ella, acordándose más a él.

—Entonces comenzaremos por las piezas de artillería... Es una de las cosas más interesantes con que cuenta la academia — dice Dick, saludando militarmente y comenzando a andar.

Rosalie va rezagándose. Dick tiene que acortar el paso y conseguir la posición de protoscolo: cinco pasos más atrás que Su Alteza; pero Su Alteza juega con aquel muchacho y le deja adelantarse, quedándose ella rezagada. Dick no se turba por ello. Cada vez que se da cuenta para en seco, se cuadra y la deja que se adelante de nuevo.

Aquel camino no es el camino que Rosalie quiere seguir. Cuando llega la noche ya tiene ideado un nuevo medio para acercarse a Dick: se ha disfrazado de cadete y sobornó a Bill Delroy prometiéndole que logrará haga las paces con Mary si la ayuda a ella en aquella empresa.

—Pero no comprende que es un gran compromiso para mí? ¿Qué dirán si se enteran de que el nuevo cadete es una mujer?

—No se enterarán si lo prometo; ayúdeme en este asunto... Bill ya no puede volver atrás, porque se encuentra rodeado

do de compañeros que saludan al nuevo cadete, que hacen mil preguntas, que indagan y quieren saber de dónde ha salido, de dónde ha venido, quién es, cómo se llama...

[En menudo aprieto le ha puesto aquella muchacha! Explica que es el primo de un amigo suyo que le ha recomendado al novato, que deben tener con él mucha consideración, que no tienen que hacerle novatadas pesadas, que deben tratarle con cuidado, como a un niño mimado...

Los compañeros de Bill le hacen bromas pesadas respecto a la protección que despliega hacia el muchacho que les mira un poco atardecido, sin atreverse a hablar gran cosa porque teme ser descubierta y ver destruidos todos sus planes...

Cuando Bill tiene que marcharse a cumplir una orden que le ha dado un superior, los cadetes las emprenden contra el recién llegado, le vuelven a hacer preguntas a las que no sabe que contestar, le persiguen, le quieren hacer novatadas a las que la muchacha sabe escapar con habilidad y por fin, en una lucha que sostiene con algunos de ellos pierde la gloria y se separa sobre sus hombros su hermosa cabellera oscura.

—¡Es una chica!... ¡Es una chica! — exclaman con alborozo, persiguiéndola a través de los jardines.

Rosalie logra escapar, esconderse tras unos arbustos, dejar que pase la avalancha de cadetes y, cuando vuelve a encontrarse sola, oye unos pasos que se acercan, atisba entre las ramas, ve que es Dick y se arroja en sus brazos:

—¡Dick, te amo! — le dice apasionadamente.

—¡Rosalie! — exclama Dick, estrechando fuertemente a la muchacha y besándola con un largo beso en los labios.

En aquel momento pasa por allí Bill Delroy, mira al grupo que forman Rosalie y Dick, les mira por dos cadetes de veras y se escandaliza, abre mucho los ojos, da una exclamación indignada y quiere poner fin a aquella que le parece la más espantosa de las inmundicias.

—¡Ah!... — murmura al ver a Rosalie. — ¡Si lo hubiera sabido no hubiera interrumpido!...

Bill ayúdame... Queremos casarnos... Papé ya está convencido, pero la que es difícil de conquistar es mi madre...

—¡La reina! — exclama Bill haciendo un gesto expresivo.

—¡Con esa sí que no me atrevo!

—Pero tú eres ingenuo... Piensa algo...

—¡Calla!... Creo que ya tengo la solución!... ¿Te acuerdas de aquel muchachito que era la mascota del regimiento?

—pregunta, dirigiéndose a Dick.

—Sí, Miguelín, un chico muy listo y muy decidido.

—El mismo... Le vamos a disfrazar como si fuera el músico preferido del rey y cuando el rey le haga preguntas se encontrará con que el músico le contesta por sus propios labios toda clase de verdades... Y si esto ocurre delante de la reina no dudo del éxito de nuestra empresa. ¿Qué os parece?

—¡Magnífico!... Vamos a amarrar a Miguelín...

Y los tres muchachos, cogidos del brazo, corren en busca del niño que les servirá para llevar a cabo sus manejos.

...

El rey entra en sus habitaciones, con aquella satisfacción que es su característica, con aquel optimismo que siempre le acompaña, con aquel alarde de sencillez del que se reviste para hacer tanto cuanto puede del protocolo de la Corte que le ha resultado la carga más espantosa de su vida.

—¡Ah, amigo mío, aquí estoy! — dice, dirigiéndose a su músico que está tendido en el diván. — ¡Ah, tengo una preocupación, una gran preocupación!... No sabemos dónde está Rosalie... Toda la noche la andamos buscando y no la encontramos en parte alguna...

—Báscala al lado de Dick Thorpe — contesta el músico, que ya no es tal músico, sino Miguelín disfrazado.

El rey se le queda mirando con extrañeza. Está seguro de que esta vez no es el mismo el que ha dado la réplica, sino que ha sido el músico quien ha hablado con sus propias palabras. Se acerca a él, le mira con detenimiento, le toca. Miguelín sonríe confiadamente porque lee en los ojos del rey una benevolencia que le alienta.

—Con que... eres un músico de carne? ¿Quién te ha traído aquí? ¿Qué haces en mis habitaciones?

—Vengo a despertarte de tu sueño. Tienes que rebelarte contra la tiranía de tu mujer y dejar que Rosalie se case con Dick... ¿O es que no te gusta Dick por veros?

—Sí, a mí sí... pero temo que la reina...

—A la reina te la metes tú en el bolsillo si quieres. Has de imponer tu voluntad. Se ha de hacer lo que tú quieras. Dick es un buen muchacho y Rosalie le quiere. ¿Consentirás que tu hija sea desgraciada haciendo que se case con ese tonto de Pablo?

—No... Yo no quisiera... pero si la reina se empeña...

—¿No te he dicho que no hagas caso de la reina? ¿O es

que tú no eres un hombre como han de ser los hombres?
—Oye niña, ¿sabes que estás muy bien enseñado? ¿Quién te ha traído aquí? ¿Quién te ha dado lecciones?
—Nadie, las he aprendido solo y he venido porque no quiero que tu hija sea desgraciada... y porque Dick merece el amor de Rosalie.

—¿Y tú qué sabes de esas cosas, mocosoillo?
—Más de lo que te imaginas... He sido mucho tiempo la mascota de la academia y conozco bien cuando un cadete está enamorado de veras o cuando sólo quiere divertirse... Y te aseguro que Dick está locamente enamorado de tu hija.
—También lo creo, yo así, pero... ¡Oh, mira, ahí viene la reina!

El rey, precipitadamente, toma a Miguelín, le sienta sobre la mesa y se pone a su lado, como hacía siempre con su famoso muñeco, aprestándose al ataque de su mujer a la que ve llegar hasta él, iracunda y sombría.

—Vengo porque es preciso que la boda de nuestra hija Rosalie con el príncipe Pablo se efectúe inmediatamente — dice la reina en tono que no admite réplica.

—Rosalie no se casará con Pablo — afirma el rey, haciendo un esfuerzo de firmeza y contradiciendo a su mujer.

—Como te atrevas a oponerte a mis deseos! — grita ella.

—El rey tiene razón. Tú no eres más que una vieja encoconadora que todo lo hace al revés y todo lo entorpece — dice Miguelín gesticulando vivamente.

La reina, asombrada ante aquel prodigio, viendo al muñeco convertido en un ser humano, da un grito desgarrador y se desmaya en brazos de su primer ministro.

La batalla está ganada. Jamás la reina se atreverá a contradecir a un marido que ha sabido transformarse a un muñeco en persona. Ya será para siempre su esclava. Ya jamás proferirá una palabra de protesta.

Y Rosalie y Dick pueden alcanzar el paraíso de su felicidad contrayendo matrimonio en una ceremonia esplendorosa que la Corte celebra en país extranjero para demostrar cómo se celebraban las fiestas cuando estaban en el apogeo de su gloria.

F I N

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero peraltado*, por Dick Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Lowe.
* — 4. *La vida de la Bohemia*, por Marta Eggerht y Jan Klepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
* — 7. *El tigre de Esquive*, por La Jana.
* — 8. *La tumba india*, por La Jana.
* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Klepura.
* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y Jane Martin.
* — 12. *La marca de Cain*, por Nash Beery (hijo) y Jean Rogers.
* — 13. *Una cabaña de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
* — 14. *Siete bufetas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
* — 15. *El Capitán Costello*, por Olga Tschekowa y Karl Diehl.
* — 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
* — 17. *Balle en el Metrópol*, por Henri George y Viktor von Ballasko.
* — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
* — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssens.
* — 20. *Enterrado*, por Buck Jones.
* — 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
* — 22. *¡Adios al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
* — 23. *Caballería ligera*, por Marika Rokk y Fritz Kampers.
* — 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sydney y Herbert Marshall.
* — 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
* — 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
* — 27. *Crepusculo Rojo*, por Rodol. Forster.
* — 28. *El Teto de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
* — 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
* — 30. *Catalina*, por Franziska Gaud y Alton Hall.
* — 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Leóric Ardwick.
* — 32. *Esciéndalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
* — 33. *Oriento contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
* — 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
* — 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Hetti Finkenweller.
* — 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Mädelaine Carroll.
* — 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
* — 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerht y Paul Hartmann.

* Agotadas.

En preparación

LA VUELTA AL HOGAR, interpretada por
ZARAH LEANDER

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA

N.º 39